

1912

3-129 1

EL SADUCEISMO EUROPEO. / "La Nación", Buenos Aires
(República Argentina), 17 diciembre 1912/

EL SADUCEISMO EUROPEO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, noviembre de 1912.



Cuando estas líneas hayan llegado a esa ciudad de Buenos Aires y aparezcan en las columnas de LA NACION, estará ya avanzada la lucha de las pequeñas naciones balcánicas contra Turquía, o acaso tal vez se haya acabado de una manera imprevista y por una paz impuesta por las llamadas potencias. O éstas se hayan enzarzado entre sí en lucha. ¿Quién lo sabe? Mas, en tanto, séame permitido no hacer de profeta—oficio siempre de muchas quiebras—y ponéme a pretender predecir cuál pueda ser el resultado final de semejante lucha, sino comentar los comentarios y manifestaciones que ella provoca en esta Europa saducea y egoísta, donde hay tantos a quienes no se les cae ni de la boca ni de los puntos de la pluma, la palabra «Kultura» (así, con K mayúscula, a la alemana, y no con la modesta e minúscula con que la usamos los de lenguas latinas).

Esta guerra que acaba de iniciarse, como aquellas otras entre nosotros los españoles y los norteamericanos la una, entre ingleses y boers otra, y entre rusos y japoneses, suelen servir para poner de manifiesto sentimientos individuales o colectivos de antipatía o de simpatía, que de ordinario se recatan y celan y que nada tienen que ver con los intereses materiales.

Que haya hoy en Francia, v. gr., tenedores de papel de empréstitos de la deuda turca, que abriguen el deseo de que Turquía pueda resistir y aun vencer a sus enemigos coligados, para que así pueda seguir pagando los intereses de su deuda, es cosa que se comprende, porque donde está la bolsa está el corazón. Y hasta se comprende que a esos prestamistas de Turquía les haga su interés económico ver la justicia o injusticia de la lucha desde un punto de vista que no adoptarían si estuviesen libres de ese lazo del interés.

Y se comprende también que haya en Alemania, Inglaterra, Austria y Rusia patriotas, o más bien, patrioteros de sus propias patrias, que no vean esta lucha sino en cuanto puede favorecer o estorbar los propósitos de expansión y conquistista territorial de sus sendas naciones patrias.

Otra razón de las simpatías o antipatías hasta cierto punto desinteresadas, en que no entran ni el interés económico ni el patriótico o nacional, suele ser el que muchos se ponen del lado del más débil. Así en la guerra anglo-boer, hubo muchas personas simpatizadoras de los bellicosos campesinos del Transvaal, por prever que habían de ser al cabo vencidos por la poderosa Inglaterra. Y ahora hay quienes declaran, para justificar su simpatía por los turcos, que éstos son atacados por cuatro nacioncillas a la vez,



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES



cuando apenas han salido de disturbios interiores y de una guerra desfavorable con Italia. Pero, no cabe decir que Turquía sea más débil hoy que las cuatro naciones que la atacan.

Otro de los motivos de simpatía para con los turcos, es el probado valor de este pueblo de bárbaros soldados. El valiente suele llevarse las simpatías de muchos, aunque no sea, como el turco, más que valiente, y aunque, como el turco, no haya empleado su valor sino para oprimir a otros y mantener la barbarie. En un artículo que acaba de publicar el señor Macztu sobre este asunto, dice con gran exactitud, lo siguiente:

«Los turcos son simpáticos, porque son excelentes soldados; pero los días de su dominación en Europa están contados. Han sabido ser soldados, y ello es grande. Si se da a elegir a un hombre de corazón entre los dos mejores grupos de la raza semítica, los árabes, que han sabido ser soldados, y los judíos, que han sido negociantes, el corazón prefiere a los árabes.

Pero los turcos no han sabido ser más que soldados. Por la fuerza se incorporaron a los pueblos de Tracia, Albania y Macedonia, como también a los de Servia, Bulgaria, Rumanía y Hungría. Pero no acertaron a crear un ideal común, que pudiera resultar aceptable a los países conquistados. Así perdieron a Hungría, Servia, Bulgaria y Rumanía. Así perderán lo que les queda de su imperio sobre pueblos cristianos.»

Los turcos, en efecto, han sabido ser soldados y han sabido hacerlos. Los famosos genizaros eran esclavos cristianos, a quienes se les arrancaba pequeñitos de sus casas, se les hacía musulmanes y se les enseñaba turco.

Pero tampoco esta admiración hacia el buen soldado, aunque éste se halle, como el turco, al servicio de la barbarie, basta a explicar muchas simpatías en favor de los turcos, o antipatías más bien en contra de los servios, búlgaros, griegos y montenegrinos.

La razón de esta antipatía entre esos adoradores de la «Kultura» (con K mayúscula, no hay que olvidarlo), es que esos pueblos son cristianos. Es el odio al cristianismo positivo, al que pone el fin del hombre en otra vida, al que cree en la inmortalidad del alma. Es un odio, no diré que judaico, pero sí saduceo.

Se excusa para justificar esa enemiga a los pequeños pueblos balcánicos, que éstos también son bárbaros, que son fanáticos. ¡Fanáticos! ¡Ya salió la palabra! En la época de las guerras napoleónicas fueron Rusia y España, los dos pueblos que pasaban por más fanáticos, los que mejor supieron resistir popularmente — es decir, no por los ejércitos sólo — a Napoleón, donde el pueblo se opuso más heroicamente a dejarse conquistar. Y era que el sentimiento religioso se fundía con el patriótico en uno y otro; era que tanto españoles como rusos creían que peleando contra el hijo de la Revolución invasora, se redimían de sus pecados; que la muerte en el campo de batalla era un martirio redentor, un bautismo de san-





gre que borraba todas las culpas. ¡Fanáticos, en fin!

Y fanáticos ahora los pueblos balcánicos. Así los llaman.

¿Que esos pueblos balcánicos no han alcanzado un alto grado de cultura? Evidente, aunque siempre superior al de los turcos, que forman uno de los pueblos más incultos. Pero es que si esto sucede así, débese a que los turcos les han oprimido, que les han mantenido en un régimen de sangre. Y muy justamente dice el mismo señor Maeztu, en el artículo precitado, respecto a ese régimen, lo que sigue:

«Este régimen de sangre prevalecería hoy en la Europa central si las poblaciones cristianas balcánicas no hubieran mantenido sus creencias de libertad y de espiritualidad frente a los turcos, aun en los mismos siglos en que aparentemente se hallaban sumergidas bajo la inundación musulmana. Esta es la inmensa deuda que Europa tiene contraída con los pueblos balcánicos ¡y con España!

Los pueblos de la península ibérica y balcánica han realizado la misión histórica de contener a los musulmanes.

Han sido los países de frontera. Los españoles y los eslavos del sur peleaban para que sus hermanos europeos pudiesen construir tranquilamente los edificios culturales de la Escolástica y del Renacimiento. Para nosotros fueron los horrores de la guerra; para los demás europeos, los placeres delicados del pensar y del arte.

Pero Europa es ingrata con los pueblos balcánicos, como lo fue también con España. A los pueblos balcánicos se les reprocha su incultura, como si la cultura fuese compatible con la opresión de los turcos y con un estado permanente de guerra, y como si la cultura europea no debiera su existencia al sacrificio de sus pueblos de frontera.»

(Todo lo cual está muy bien.

Y esa Europa ingrata, la Europa saducea, la que ha elaborado esa «Kultura» en cuyo fondo hay una mal encubierta desesperación por no poder creer ya la creencia que lleva al heroísmo de la muerte a esos pueblos cristianos, verdaderos cristianos, es decir, creyentes en la inmortalidad del alma y en una vida eterna, esa Europa de la sociología huera y de los consuelos que no consuelan, deja transparentar su odio al cristianismo y cuando son dos pueblos cristianos los que luchan, al más verdaderamente cristiano.

El mismo señor Maeztu después de citar un juicio saduceo de los intelectuales alemanes—que probablemente será de judíos—añade:

«La actitud de la prensa inglesa es algo más neutral. Pero no olvidemos que fué Inglaterra la que, poniéndose del lado de Austria y Alemania en el congreso de Berlín, ha hecho posible la continuación del poderío turco en Europa y la consiguiente opresión de los cristianos de Albania y Macedonia. Quizás no fué Inglaterra, porque Gladstone supo elevar su poderosa voz en favor de los búlgaros en 1876. Quizá fué más bien Disraeli, por odio a Gladstone y por hostilidad judaica al espíritu cristiano, quien hizo que el congreso de Berlín prolongara el poderío turco.»





Paréceme que no se apunta mal aquí al decir que quizá fuera más bien Disraeli por hostilidad judaica al espíritu cristiano el que hizo que se prolongara el poderío turco. Ciertamente es que los judíos no tienen mucho que agradecer a los turcos, ni éstos los han tratado nunca mejor que a los cristianos, pero ante la antipatía espiritual, más bien que judaica, saducea, a todo lo que signifique poner el fin de la vida fuera de la tierra, calla todo lo demás.

Entretanto los pueblos balcánicos, hartos de sufrir y ver sufrir a sus hermanos los cristianos de Macedonia, de Albania y de las islas griegas bajo el dominio turco, prefieren un fin con horrores a una de horrores sin fin. ¿Que acuden a horrores para evitarlos?

Dice muy bien el señor Maeztu:

«De otra parte, es indiscutible que los métodos a que apelan para su liberación los cristianos de Turquía no son mucho más suaves de los que emplean los turcos para someterlos. Pero han vivido durante seis siglos bajo el yugo de los genizaros. Han vivido una vida sin esperanza y sin derechos humanos. Están educados en una tiranía secular. Para lograr emerger un poco han necesitado realizar esfuerzos sobrehumanos. Los recuerdos de las torturas sufridas por los antepasados les encienden la sangre. Quieren ser libres, y no con argumentos, sino con la guerra, han de conquistar la libertad.»

Y la opresión otomana en nada se ha dulcificado con ese embuste kultural (con k, ¿eh?) y sociológico de la Joven Turquía. Con el Corán son más pasaderos que con Spencer. Y los Jóvenes Turcos no se han cuidado sino de otomanizar a los súbditos de su pueblo de soldados, y de otomanizarlos por los medios más violentos. Es decir, de descristianizarlos. Forma la Turquía europea una masa de europeos sujeta por tropas semisalvajes sacadas de Asia. Han cerrado las escuelas nacionales de los pueblos sometidos sin tener con qué sustituirlas, y han declarado delictuoso para los cristianos el que éstos se armen.

Se me dirá que los mahometanos también creen en la otra vida, y tanto o más que los cristianos, y que siendo como son más fanáticos aun que éstos, debía odiarlos tanto o más el saduceísmo. Pero éste, que es sagaz, sabe que el fanatismo mahometano no es de temer en Europa, que la fe en Mahoma no tiene la resistencia cultural que la fe en Cristo. La ciencia saducea no teme a Mahoma y sí a Cristo.

Mas está entablada la lucha y al fin y al cabo, más tarde o más temprano, la victoria en Europa tiene que ser de los que representaban la civilización europea que es, pese a todo el saduceísmo, cristiana.

Así concluye el señor Maeztu su artículo:





«La conquistarán al cabo. Ello es inevitable. La conquistarán a pesar de las ambiciones con que el Austria les amenaza. El suelo de los Balkanes pertenece a sus hijos, y no a los turcos ni a los austriacos. Y es una ingratitud, más aun, es una incomprensión profunda reprocharles su falta de cultura. La falta de cultura puede y debe reprocharse a los turcos, que constituyen la casta gobernante en Tracia, Albania y Macedonia. A los países esclavizados no puede reprochárseles la falta de cultura. Su misión histórica consiste sencillamente en libertarse. Cuando se hayan libertado, cuando la guerra haya rescatado a los dos millones de cristianos que aun gimen en Europa bajo el poderío de los turcos, entonces tendrá derecho el mundo civilizado a exigir la cultura a los cristianos de las tierras balkánicas.»

Y la cultura que el mundo civilizado pueda y deba exigir a los cristianos de las tierras balkánicas tendrá que ser una cultura cristiana y no la de un cierto «Kulturkampf» que parece entender que el hombre es para la idea y no la idea para el hombre, que la humanidad no ha nacido sino para hacer ciencia, arte y ética, que no puede cada uno de nosotros los hombres poner su fin individual último fuera de esta vida.

Y volviendo a lo del principio, he de repetir que en el fondo de no pocas de estas simpatías y antipatías no hay sino sadoceísmo. Cuando la guerra anglo-boer le oí decir a uno que deseaba aplastaran los ingleses a los boers porque éstos se empapizaban de Biblia más aun que aquéllos, pues al fin en Inglaterra hay no pocos librepensadores y ateos y en el Transvaal parece que apenas los había, y que debe vencer el menos creyente. Cuando la guerra ruso-japonesa oí a otro decir: «¡ahora va a verse quién puede más, si Buda o Cristo!» Pasé por alto lo de suponer que los japoneses sean todos, ni siquiera la mayoría, budistas, y le dije: «pero qué le ha



El saduceísmo europeo



3-129

6

hecho a usted Cristo o en qué encuentra usted que le sea superior el Buda? Y me contestó: «¡el nirvana es más racional que el cielo!» «¿Es qué usted prefiere—le repliqué—antiguarse a llevar una eternidad de bienaventuranza?» Nada más me dijo. Y es que parecía estar rabioso, y no resignado, de no poder ercer en otra vida.

Y nada quiero decir de nuestras propias luchas y de esa ridícula fama de fanáticos y de inquisitoriales, que las espafíoles tenemos. No, aquí no se oprime al pensamiento ni a la conciencia más que en cualquiera de los países que pasan por cultos. Lo que el saduceísmo no nos perdona no es esa supuesta intolerancia, que no existe, sino el que aquí se conserve más fe en la otra vida que en otras partes, el que aquí no nos hayamos rendido tan fácilmente al progresismo sociológico y materialista. Lo cual no tiene, en el fondo, que ver con la ortodoxia católica. O dicho de otro modo, que el catolicismo popular español, la fe espontánea de nuestros campos y lugares, es algo hasta cierto punto independiente de la ortodoxia teológica de la iglesia de Roma. Las vaciedades, más que groserías del progresismo materialista, no prenden en el corazón de nuestro pueblo. Y éste y no otro es el tan mentado fanatismo español. Y por eso somos antipáticos al saduceísmo.

Por lo que a mí hace, como español que soy, aunque nada ortodoxo, me siento satisfecho de pertenecer a un pueblo que ha dado algunos de los más grandes místicos cristianos. De uno de éstos, de uno de los mayores de los nuestros, de Fr. Juan de los Angeles, cuyas «Obras místicas» acaba de editar con excelente acuerdo la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles», es esta frase estupenda: «¡yo para Dios y Dios para mí y no más mundo!» Y que nadie se escandalice ni vea aquí egoísmo, pues en este deseo va el de uníinos y convivir con nuestros hermanos todos, pues que ellos, y con ellos la patria y la humanidad toda, en Dios son y viven y se mueven y lo que en Dios no está no es; sino pasajero y sin valor. Ese «¡no más mundo!» se refiere al mundo de las paciencias engañosas y pasajeras, al mundo no esencial, al mundo del progreso, al único mundo que los saduceos conocen y único en que creen. Que no es sino el mundo de las riquezas, los bienes y los goces materiales, o el mundo abstracto y frío de la ciencia.

¡Y por ahora que Dios haga se corone la victoria de Lepanto!

MIGUEL DE UNAI DE SALAMANCA



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES